

América Latina como esperanza

Grande era nuestra pretensión para este número 50 de ACONTECIMIENTO. Para un número tan especial, era nuestro deseo que el contenido abarcara un continente tan grande como América y una causa tan noble como las aspiraciones de libertad de sus pueblos. Como era de esperar nuestra humilde revista se ha visto desbordada por tamaño deseo y el continente latinoamericano reclama muchas más páginas.

Pero también era nuestro deseo, y ahora lo es más aún, una mayor presencia del Nuevo Mundo en nuestras páginas, de los pensadores, escritores y combatientes de la cultura personalista que abundan entre sus hombres y mujeres. Desde aquí anunciamos este propósito de abrir la revista a quienes desinteresadamente están en lo mismo que nosotros en aquellas tierras, de la misma forma que, en la medida de nuestras posibilidades, intentaremos prodigar nuestra presencia en esa América que nos ha seducido cuando hemos tenido la suerte de visitarla.

Esperamos que este número deje al lector la misma sensación que a nosotros. Como el agua fresca que no se deja atrapar entre las manos, pero deja su frescura, la lectura de los escritos que nos han enviado nos han dejado un eco cálido y humano que sin duda percibirá el lector, quien, ciertamente, no encontrará en las páginas que siguen más que unas pinceladas que sugerirán, cual retrato impresionista, el rostro de esa humanidad que cada vez quisiéramos más cercana.

A grandes rasgos se dibujan los contornos más generales, como son los de una sociedad en la encrucijada entre una democracia, que debería dejar de ser la «máscara de una oligarquía» (Mounier) para afirmar sus raíces en la voluntad de sus pueblos, y un imperialismo económico que los hunde en la dependencia por medio de sus agentes transnacionales. Uno de los resultados más sangrantes de ese poder ejercido desde fuera es la colosal deuda externa de la región, en la que nos detenemos especialmente, debido al nuevo interés que se ha suscitado con motivo de la campaña «Deuda externa, ¿deuda eterna?», que venimos apoyando desde su inicio.

Además de estos y otros problemas que afectan a la totalidad de la región, hemos recibido artículos de algunas naciones concretas. Nos hubiera gustado que todas estuvieran representadas, pero eso hubiera sido materialmente imposible, aun en un número extraordinario. Esta

imposibilidad no debe ocultar algo que tenemos que reconocer y subsanar: el abandono, la ignorancia, incomunicación e insolidaridad que, por muchas campañas puntuales que hagamos con ocasión de huracanes y terremotos, son nuestros pecados permanentes en la relación con esa parcela de humanidad especialmente fraterna.

Desde la Tierra del Fuego a Río Grande, América Latina tiene por delante el inmenso desafío de luchar por lo que los obispos de la región señalaron en 1980 como un objetivo irrenunciable: «la legítima autodeterminación de nuestros pueblos que les permita organizarse según su propio genio y la marcha de su historia y cooperar en un nuevo orden internacional» (Puebla 505). Sin necesidad de glosa subrayemos, sin embargo, ese derecho de América Latina a protagonizar su propia historia y a hacerse esperanza para el resto de la humanidad, especialmente, de los demás pueblos del Sur.

Si atendemos a los datos objetivos, una mirada simple no encontrará demasiados motivos para esperar nada nuevo. Pero una vez más hay que recordar, con Saint-Exupéry, que lo esencial es invisible a los ojos. Una mirada profunda sabrá descubrir que la esperanza de los pueblos de América Latina es martirial.

Se puede decir de la tarea de la liberación de América, lo que José Carlos Mariátegui decía del socialismo que quería para América: *no será copia ni calco, sino construcción heroica*.

Y eso quiere decir que América necesita héroes, y sobre todo minorías abrahámicas como pedía D. Helder Cámara, de las que salgan santos que sepan decir —entregando su vida— palabras de esperanza, como las de Monseñor Óscar A. Romero:

...si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

A esto sólo nos queda por decir amén. Porque una esperanza así es invencible y puede arrastrar a todo un continente y no dejar indiferente a la vieja y cansada Europa.

E. Mounier explicaba que el nuestro era un «**optimismo trágico**», es decir, una **esperanza trágica**, y ésta, está claro, habita hoy en América Latina.